

cas (¿descriptivas, pero no normativas?). La tesis de Bramson es ésta: los elementos subjetivos y valorativos en las ciencias sociales y en la conceptualización y procesos sociológicos no son solamente inevitables, sino también deseables.

El primer obstáculo serio con el que ha tenido que enfrentarse Bramson (sin llegar a superarlo enteramente, como veremos) es el mismo planteamiento sistemático del objeto a estudiar: diferencias de contenido, de intención, de «carga» ideológica y de politización que existen entre las sociologías angloamericanas y las europeo-occidentales. Ese mismo «regionalizar» las ciencias sociales es un empeño arriesgado y muy vulnerable a la crítica de los sociólogos y científicos «puros». Es, sin embargo—creo yo también—, un primer tajo insoslayable que hay que dar para empezar a entendernos en el gigante nudo gordiano que es la sociología mundial en nuestros días. Sin que eso mismo nos garantice el no caer en otros malentendidos y equívocos, como le ocurre a veces a Bramson respecto a algunos de los que él mismo diagnostica en los autores y tendencias estudiados. Otra limitación de Bramson es la de no haber advertido la ingente evolución, metamorfosis y aun «inversión de posturas» acaecida en muchos sociólogos europeo-occidentales respecto a la categoría de «masa» y sus hermanas siamesas como «pueblo», «multitud», «mundo de lo impersonal y de las relaciones despersonalizadas»... A estas categorías ya no se las estudia hoy exclusivamente en sus puntos negros, sino desapasionadamente y como momentos necesarios de la vida social en comunidades industrializadas y desarrolladas. Aunque subsisten muchas de las primitivas ambivalencias y concepciones equívocas.

La obra de Bramson es, en definitiva, una manifestación de la fecunda simbiosis y mutua complementariedad que ha habido y sigue acentuándose entre las múltiples formas de hacer sociología que existen en nuestros días allende y aquende los mares. El apasionamiento e interés combatiente—aunque más o menos camuflados—con que se ha venido haciendo sociología en la Europa Occidental, desde Proudhon y Marx hasta Mannheim o Dahrendorf, por ejemplo, ha terminado por «prender» también en los espíritus más alambicados y metodológicamente desapasionados de otras geografías. Y la seriedad y objetividad científicas, la rigidez y rigor en los planteamientos, métodos y procesos de la investigación social van universalizándose, sin renunciar por ello al hombre que hay siempre en el investigador y científico, ni al latido vital y vitalizador e inmanente de los valores, aspiraciones y esperanzas que todos nos jugamos en la vida comunitaria y que forman parte inescindible de su misma realidad fáctica y fenoménica.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

BRUGAROLA, Martín: *Sociología y teología de la técnica*. B. A. C. Madrid, 1967. XIII más 618 págs.

No se trata de un ensayo o tratado con ambiciones investigadoras. Es más bien una «suma», con todos los inconvenientes del género y con un

desarrollo frecuentemente prolijo. La obra podía haber resultado más útil y sólida, dadas las amplias bases de información con que cuenta, ateniéndose a lo esencial con criterio selectivo y suprimiendo más de la mitad de sus citas, comentarios, páginas e incluso capítulos. En su forma y volumen actual resulta indigesta: su misma sistemática y terminología no siempre son apropiadas. Su primera parte, «Sociología de la técnica», es más bien, dice el autor, una historia de ésta: historia excesivamente micro-métrica y reiterativa. La segunda parte, «Repercusiones de la técnica en la vida humana», tiene algo más de auténtica sociología; pero, en mi opinión, con el equívoco radical de acercar demasiado el fenómeno técnico en sí mismo a las ideologías, desviaciones y abusos que lo han acompañado y siguen acompañándolo en nuestras civilizaciones modernas super-tecnificadas. Ciertamente que el autor «distingue» entre una cosa y otra, pero el tratamiento real que da al tema puede llevar al lector a confundir enteramente fenómenos tan distintos entre sí. La técnica es en sí misma un hecho esencialmente «técnico», y como tal, un valor humano parcial, pero auténticamente positivo. Si el liberalismo ultraindividualista y el socialismo colectivista han saboteado las posibilidades de la técnica, retorciéndolas contra el hombre y sus valores personales y comunitarios, esto no es culpa de la técnica, sino de su desviación, abuso o mala utilización. Es decir, que no es la técnica la que ha fallado, sino el cerebro o el corazón que la ha planeado o realizado así.

Por otra parte, los sociólogos hace ya mucho tiempo que han reivindicado socialmente la categoría sociológica de «masa», junto a sus hermanas gemelas «colectividad» y «comunidad». El hombre desempeña vitalmente innumerables «papeles» sociales. En cada uno de ellos invierte y compromete una parte de sí mismo más o menos amplia y más o menos cercana a su «núcleo personalísimo». Su personalidad religioso-moral (en sí mismo y ante Dios) depende precisamente de cómo interprete él sus diferentes papeles. Pues bien, el que está inmerso en un «espectáculo de masas», el que viaja en «metros» apiñados, el funcionario administrativo o el devorador de *spots* publicitarios no tiene por qué ser necesariamente «borrego» o ser «adocenado y despersonalizado». Si lo es, ello será debido a él mismo, no a su participación en fenómenos colectivos («en la mesa y en el juego se conoce al caballero»). Otro tanto puede decirse de las demás «degradaciones», «deshumanizaciones», desintegraciones y degeneraciones que Brugarola endosa en el «debe» de la técnica. La posibilidad de abusos y desviaciones es un riesgo que amenaza a todas las instituciones y actividades humanas, incluso a las más «elevadas». Pero eso no nos autoriza a echar sobre ellas el cieno que sólo a nosotros mismos es debido. La técnica es un haz fabuloso de nuevas posibilidades de desarrollo para el hombre y los conjuntos humanos. Si incluso en el aspecto ético-religioso ha habido y hay ocasos, riesgos y pérdidas catastróficas, ello no es debido a la técnica en sí, sino a la falta de arraigo y de autenticidad de dichas vivencias. La técnica puede llevar a multitudes cada vez más numerosas una mayor cultura, un desarrollo más humano, una libertad más «consciente y motivada» e incluso una religiosidad (o irreligiosidad) más auténticas. Eso es un bien sustancial. Al hombre mismo le corres-

ponde guardar la jerarquía debida entre los múltiples valores y religaciones que condicionan su vida y su obrar.

Esta técnica, creadora de energías y posibilidades para el hombre, encaja perfectamente en el proyecto del Génesis: «dominad la tierra». Es lo estudiado en la última parte del libro. Obra, en suma, bienintencionada y hasta pastoral, pero excesivamente negativista y pesimista.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

PROFESOR CABRAL DE MONCADA: *Filosofia do Direito e do Estado*, vol. II. Doutrina e critica. Adlantida Editora. Coimbra, 1966. 355 págs.

Casi veinte años después de que apareciera en 1947—reeditado en 1953— el primer volumen de la *Filosofia do Direito e do Estado*, publica el profesor Cabral de Moncada este segundo volumen, con el que ha querido continuar su magisterio, ya que fue jubilado por edad en 1958. Y veinte años en que han pasado muchas cosas, en que «o mundo se tornou outro, muito diferente do que era»; en que la situación histórica de la postguerra se ha transformado y cambiado tantas cosas y situaciones y creado tantos problemas. Y, como es natural, se ha transformado también profundamente el pensamiento que se ocupa de las cosas del hombre y, por tanto, del Derecho y del Estado.

No se ha sustraído el autor a estas exigencias, pero advierte que revisión no quiere decir necesariamente alteración y menos alteración profunda, y significa en este caso apenas una nueva meditación o reflexión, o una toma de conciencia de los problemas filosóficos del Derecho y del Estado «a la luz de otros meridianos o latitudes». Los cambios de situación afectan muchas veces más a la perspectiva de las cosas que a las cosas mismas. Estas y sus problemas fundamentales permanecen siempre los mismos.

Y, ciertamente, quien haya seguido el pensamiento del profesor Cabral de Moncada en esos años de paréntesis de un volumen a otro, poco de nuevo encontrará en sus ideas y puntos de vista de ahora que no hubiese dicho antes, salvo, claro es, las novedades filosófico-jurídicas que, nacidas en esta época de verdadera «inflación» metodológica, le obligan a un enjuiciamiento. Porque el autor, hoy como ayer, prefiere ocuparse en filosofía más de los aspectos críticos de los problemas que de los dogmáticos fijos en las doctrinas o verdades hechas.

El libro es menos ensayístico y sugestivo que didáctico y dialéctico-subjetivo, porque con él quiere su autor concluir docencia, iniciada treinta años antes, en 1937, en la Universidad de Coimbra, en la que, dice modestamente, muchas ideas reclamaban un desenvolvimiento y conclusión que reciben ahora, atendiendo con ello a los deseos de muchos de sus antiguos alumnos y amigos.

No le puede pasar desapercibido al autor que la primera gran dificultad de todo el que quiere hacer filosofía empieza siendo el propio concepto del filosofar y de la filosofía. Y si esto siempre ha sido difícil, mucho más en nuestros tiempos, en que se añaden nuevos equívocos para